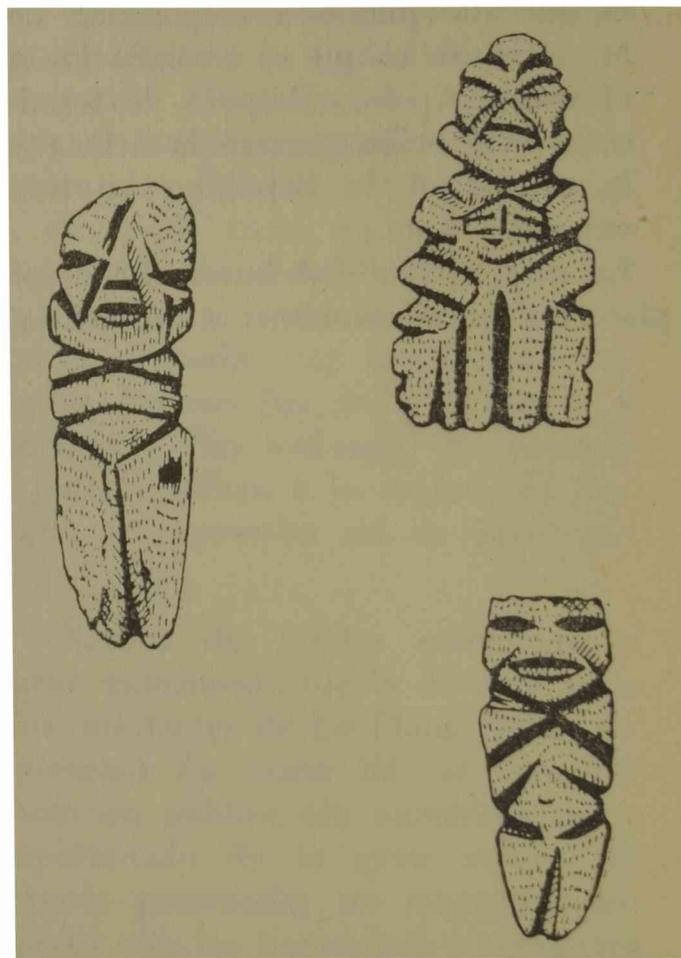


Noel H. Sbarra

UN DOMINGO EN CHICHICASTENANGO

AQUEL domingo de noviembre de 1966, cuando partimos rumbo a Chichicastenango, compartiendo el automóvil de turismo con dos norteamericanos —padre e hijo—, el aire de la mañana era diáfano y el cielo azul. Raúl Osegueda —de tan grata memoria en La Plata, donde se graduó en nuestra Facultad de Humanidades, y más tarde ministro de Educación en su país, Guatemala, durante la presidencia de Arévalo— me había dicho: “No tienes que dejar de ver Chichicastenango en ‘día de plaza’, es decir en día de mercado, un jueves o un domingo; has de presenciar un espectáculo que difícilmente olvidarás”.

Chichicastenango —cuyo lejano y primitivo nombre, antes de la conquista, Chuhuila, ya nadie recuerda—, capital del departamento de Quiché, está enclavado en la Sierra Madre, a 150 kilómetros al noroeste de Guatemala la Nueva, o Nueva Guatemala de la Asunción, fundada dos años después que un terremoto destruyera, en 1773, la primitiva ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, conocida hoy por Antigua, a 45 kilómetros de la actual capital. El día anterior, precisa-



Idolo maya-quiché “Ralaj Alxik”

mente, habíamos visitado Antigua, “monumento de América”, fundada en 1543, ciudad colonial —muy limpia, muy cuidada—, donde nos fue dado admirar, al lado de nobles ruinas, como las del convento de las Capuchinas

Carné de viaje

y las de la iglesia de Santa Rosa, de la que sólo se conserva su fachada plateresca, la hermosísima iglesia La Merced (de 1558), felizmente no dañada por el sismo y cuyo claustro, intacto, posee en su centro una bella fuente.

El nombre de Chichicastenango —nos instruye el guía y chofer durante el trayecto por entre las montañas, donde la naturaleza, recién tocada por el sol, estalla en múltiples matices del verde—, como todos los que en Guatemala terminan en *ango*, lo que significa “lugar de”, es de origen mexicano-tlascalán, pues los españoles se valieron de guerreros de tal estirpe durante la conquista del país y estos cambiaron muchos de los nombres originales de lugares y pueblos por términos tomados de su propia lengua. De ese modo, Chichicastenango viene a significar “lugar de chichicaste”, planta típica de la región caracterizada por sus hojas espinosas. (Como Quezaltenango expresa “lugar del quetzal”, ave tropical —símbolo de la libertad— de tornasolado y sedoso plumaje que da nombre, dicho sea de paso, a la moneda guatemalteca.)

Destruída por los españoles la ciudad de Uxatlán, capital del imperio maya-quiché, en abril de 1524, cierto número de supervivientes que pertenecían a la nobleza huyeron a las montañas permaneciendo allí por algún tiempo. Y cuando los españoles se hubieron establecido, volvieron aquellos a sus viejos lares y fundaron, entre 1540 y 1545, la ciudad que por influencia mexicano-tlascalán, como queda dicho, llamaron Chichicastenango. Y como los nativos son, pues, descendientes de la nobleza maya-quiché, conservan sus tradiciones y sus ritos religiosos, no mezclándose, por unión o matrimonio, con otras gentes. Por eso —sentenció finalmente nuestro cicerone— Chichi-

castenango es con mucho el mejor lugar de Guatemala para observar en estado de mayor pureza la vida y las costumbres nativas; y aunque en cierta medida la influencia de los conquistadores hispánicos modificaron las antiguas prácticas y ceremonias, esto ha ocurrido sin duda menos en Chichicastenango que en otras partes debido a la fuerte impronta de la sobredicha nobleza maya-quiché.

Agradecemos la útil lección y con este bagaje histórico llegamos, promediando la mañana, al centro cívico-religioso de la antiquísima ciudad quiché. En torno a la plaza, donde desde las siete está funcionando el mercado, se levanta la blanca iglesia de Santo Tomás —que tiene cuatrocientos años— y la Municipalidad, donde también funciona la alcaldía indígena; y en la plaza misma, en improvisados tenderetes, se vende maíz, frijoles, café, arroz, sal, papas, chile (ají), verduras, carne de cerdo y de res (vacuno) y las más variadas mercaderías: desde vasijas de barro a sombreros de paja, desde raros adornos a telas de bellísimos colores. La gente, que llega de hasta seis leguas a la redonda, va y viene en constante hormiguelo, vende y compra; allí comen y beben copiosamente, hacen sus trámites en la alcaldía —donde ventilan pleitos— y pasan el día platicando largamente con los amigos, para todo lo cual tienen suficiente tiempo pues la feria termina con la puesta del sol.

Muy temprano el cura párroco de Santo Tomás ha dicho su misa. Luego la iglesia es por entero de los indígenas y el escenario cambia. Es día en que los indios practican “el costumbre”, o sea el sagrado deber con los antepasados. De ellos son ahora las imágenes y los votos y los rezos, dichos en lengua quiché, en una monótona melo-

peya que recuerda el latín de los tonsurados. Las preciosas tallas de los altares se desdibujan en la penumbra y en medio del humo que ennegrece los muros, producido por la combustión del copal que queman fuera —en la escalinata— y dentro del templo en decenas de rústicos incensarios improvisados en tarros.

A lo largo del pasillo central de la nave, entre las hileras de bancos, cada familia indígena coloca en fila, directamente sobre el piso, una serie de pequeñas velas encendidas. Cada una de éstas —mejor: la titilante llamita de cada vela— representa el espíritu de un antepasado o de un difunto querido. Y a ellos van dirigidos, en un monólogo, los reproches, los ruegos, los pedidos, que se refieren siempre a cosas de la vida cotidiana: las cosechas, la reproducción del ganado, las enfermedades, a ésta o aquella necesidad perentoria; en fin: sus cuitas, para que las almas familiares las transmitan a los dioses omnipotentes y para que ante ellos intercedan. Alrededor de las velas cubre el suelo una tupida alfombra de pétalos de flores, cada uno de cuyos colores tiene un sentido simbólico: el blanco representa la muerte, el rojo la vida, y así los demás. Y para quienes no han podido concurrir a cumplir con “el costumbre” —la ley natural—, comedidos “rezadores” offician de intermediarios para hacer llegar a los dioses sus oraciones y sus demandas.

A las 11 da comienzo frente a la iglesia un singular espectáculo: la realización de una de las antiquísimas danzas populares de los indígenas de Guatemala, algunas de las cuales se remontan, posiblemente, a épocas del viejo imperio maya, como la del “Venado”. Muchas de ellas han muerto por acción del tiempo, pero otras han

sobrevivido y contienen elementos de ritos paganos, como la danza de “La culebra”. Entre las que se llevan a cabo —con variantes— en casi todo Guatemala, están las del “Torito”, “Los mexicanos”, “Los negritos”, “El rey David”, “Los voladores”, “Los moros”, y esta que nosotros presenciemos: “La danza de la Conquista”.

La conservación de estas danzas folklóricas ha dado origen en Guatemala, desde el último cuarto del siglo pasado, a una pequeña y particular industria: la “morería”, destinada a la confección de trajes, máscaras, adornos, plumería, etc., para la ejecución de cada una de ellas. El alquiler de los trajes y trebejos es costoso y varía, naturalmente, según la danza de que se trate y el número de personajes. Nuestro informante, funcionario del Departamento de Arte Folklórico Nacional, nos dice que para el espectáculo al que estamos asistiendo —y que él nos detalla—, “La danza de la Conquista”, integrado por 24 bailarines, cuyo vestuario en esta ocasión es el común, el alquiler por unidad cuesta un quetzal y medio, es decir 36 quetzales el conjunto; y que si se tratara de trajes de lujo podría llegar a 100 quetzales la unidad, o sea 2.400 quetzales en total. “Estos datos —añade— le muestran a Ud. lo que invierten nuestros indígenas en esta clase de ceremonias, dejando muchas veces de satisfacer perentorias necesidades de vida por mantener una tradición, pues es bueno reparar que un quetzal equivale a un dólar norteamericano; eche usted cuentas...”

Todos estos bailes tienen sus respectivos parlamentos, aunque no se sabe con certeza que exista un texto original, pues cada “maestro” de danzas tiene el suyo o lo sabe de memoria. De allí que haya, según la región, di-

Carné de viaje

ferencias en los diálogos. Es muy posible, según se cree, que los textos primitivos se hayan perdido o que los “maestros” no quieran enseñarlos por estimarlos sagrados, transmitiéndolos oralmente cuando llega la ocasión. Estos “maestros” se dedican exclusivamente a enseñar en las comunidades los bailes de su especialidad y viven, por lo tanto, de su profesión. En cuanto a los danzarines, en ciertos casos participan por simple satisfacción personal; en otros, en cambio, como penitencia ofrecida al santo patrono (que en Chichicastenango es Santo Tomás), para que éste aprecie su voluntad en servirle y le conceda la gracia oportunamente pedida.

La “Danza de la Conquista” es la escenificación de un episodio histórico: la ocupación del territorio patrio por los españoles. Sus personajes —en número de veinticuatro— son los que principalmente intervinieron en el hecho que detallan las crónicas del pasado. Por parte de los españoles: don Pedro de Alvarado, Juan de León y Cardona, don Pedro de Portocanero, Francisco Camillo, Francisco Calderón, Florencio León y el bufón Quripal. Del lado de los indígenas: el rey Quicab, el gran capitán Tecún Umán, el gran cacique Zunil, Huitzical, Tzunúm, Sacmusch, Tepé y caciques menores. Los primeros visten guerreras, corazas y pantalones de corderoy de diferentes colores; sombreros tricornios, bicornios o cascos dorados; usan espadas y las máscaras con que cubren sus rostros tienen barbas rubias. Los indígenas usan capas semicirculares y cortos pantalones abuchados; sobre la cabeza coronas plateadas adornadas con plumas multicolores; las máscaras son morenas y sin barbas, y llevan largas pelucas negras; en una mano portan flechas y en la otra “cazuelas”, especie de

maracas que hacen sonar al compás del baile. El Gran Capitán luce sobre la cabeza un quetzal disecado y cuando muere, en la danza, le cambian la máscara por otra ensangrentada.

La representación —acompañada por tambor y chirimía, especie de flauta de caña— es visualmente colorida, semejando un extraño y hechizante “ballet”. Comienza la danza con una serie de comunicaciones entre el Rey y el Gran Capitán anunciándose por mensajeros la proximidad de los invasores hispánicos; en la segunda parte se desarrolla la batalla entre ambos bandos en el valle del Pinal, donde pierde la vida Tecún Umán y es sepultado; en el siguiente acto don Pedro de Alvarado se dirige triunfalmente a Uxatlán, capital del imperio maya-quiché, donde es recibido por Quicab, el monarca. En la parte final bailan españoles e indígenas confundidos —“la cruzada”—: la Conquista se ha consumado. El desarrollo de este sencillo argumento dura horas, mientras un corro de indios observa silenciosa y atentamente la dinámica acción. Del texto memorizado poco se entiende —suponemos— pues las máscaras dificultan la clara emisión de las palabras, pero los “actores”, gracias a él, se muestran plenamente posesionados de los personajes que encarnan y de la historia que viven.

Ya es media tarde. La danza continúa, enloquecida, y grupos de indios comienzan a retirarse, siguiendo en procesión a una “cofradía” hacia el lugar en que moran los dos ídolos mayores: *Pascual Abaj* y *Pocohil*. El primero —tallado en piedra negra— está en la cima de un montículo a un kilómetro al sur de la ciudad; el otro a tres kilómetros, en la misma dirección pero en lo alto de una pequeña sierra. Nosotros —con la desesperación de

nuestro guía, que desea volver ya a Guatemala— seguimos también a la “cofradía”, especie de hermandad indígena dedicada cada una a un santo—como que fueron establecidas por los conquistadores con el propósito de acercar los indios a la iglesia— con el objeto de coleccionar fondos y controlar su inversión para celebrar las respectivas festividades. Al frente marcha el “principal”, portador de un símbolo de plata que avala su dignidad, al son de bombo y quena. Y en llegando al lugar donde asienta *Pascual Abaj*, aquel se arrodilla y teniendo apretado en su diestra un ídolo menor, *Ralaj Alxik* (labrado de un solo lado de una piedra de basalto de unos 10 a 15 centímetros de largo), amuleto o talismán que sirve para establecer el vínculo entre el oficiante y *Pascual Abaj*, dice la letanía de sus oraciones mientras los cofrades y sus seguidores prenden velas al pie del ídolo todopoderoso. La voz del guía, ahora imperiosa, nos arranca de esta escena fascinante.

Media hora después, alto aún el sol, emprendemos regreso a Guatemala la

Nueva, teniendo a la vista como último regalo de este día inolvidable, el encanto del lago Atitlán, de aguas color cobalto que contrasta con el verde montañés. El lago, con su escasa playita, y la vecina villa de Parrajachel constituyen lugares de descanso, con hoteles confortables y bonitas residencias privadas, en un clima suave, de temperatura uniforme. De allí en adelante, a nuestra derecha, la larga cadena de volcanes: San Lucas, San Pedro, Atitlán, Tolimán, Acatenango, y ya más cercanos a la ciudad los del Agua y el Fuego. Cuando llegamos, hacia occidente sangraba una parte del cielo. Empezaba a madurar la noche. Traíamos en nuestras retinas asombradas la visión de un mundo fantasmagórico.

En la puerta del hotel nos despedimos de nuestros ocasionales acompañantes, los dos norteamericanos: ¡Buena suerte! ¡Good lake! Al día siguiente, temprano, nosotros seguiríamos hacia Venezuela, de donde ellos venían; ellos irían a México, de donde nosotros habíamos llegado. Yucatán y el Orinoco. América mágica.